



El integrismo y la mujer en el siglo de la revolución femenina

Marisa Regueiro*

Sois lo mejor del mundo, la alegría de la creación, la sonrisa de la naturaleza, el calor del hogar, la intuición del saber, la compañía de la ternura, la belleza del ser... Oh sí, Dios os hizo tan bien que pudo quedar por fin satisfecho y descansar tras haceros a vosotras.

Carlos González Vallés (1)

El siglo XX será recordado por la revolución femenina y por el profundo cambio social que supone la incorporación de la mujer a la vida laboral. Desde la lucha de las primeras sufragistas y la necesaria incorporación de la

* Licenciada en Filología hispánica. Madrid.

(1) *Querida Iglesia*. Madrid, 1996. PPC. Pág. 129.

mujer al trabajo después de las Grandes Guerras —que tanto contribuyó a la recuperación europea— los logros femeninos han seguido una marcha ascendente innegable, a pesar de las reacciones involucionistas, que no faltan. A medida que se acrecientan las conquistas femeninas, los embates de la reacción masculina más retrógrada se agudizan en los feudos del integrismo religioso. Basta con asomarse a la prensa diaria para comprobar hasta qué grado de insensatez se llega, como en el caso de la «revolución» de los talibanes en Afganistán, que condena a la mujer a ver la vida detrás del chadari, deja las escuelas sin maestras, los hospitales sin personal sanitario y a las más de treinta mil viudas de guerra sin la posibilidad de trabajar para el sostén de sus familias. Aunque más exaltado en el contexto musulmán, el integrismo religioso declara una especie de «guerra contra las mujeres» también en el ámbito judío y —por mucho que nos pese— en algunos sectores del cristiano. La mujer no es sólo víctima de religiones primitivas y animistas; lo es además de exaltados valedores de sistemas monoteístas.

El fenómeno, que se extiende demasiado como para conformarse con interpretaciones basadas en la locura de unos pocos, ofrece las características del combate entre el futuro y el pasado o, según sus promotores, entre las fuerzas del Mal y del Bien; pero en realidad obedece a causas profundas que poco tienen que ver con la espiritualidad religiosa. Sin afán de exhaustividad, intentaremos analizarlas para responder a la pregunta que surge del estupor: ¿por qué este *drama del ensañamiento* del que son víctimas, sin quererlo, tantas mujeres en el mundo? No se trata de razonar lo irracional, sino de indagar en la realidad las raíces de estos desafueros.

La revolución femenina en el horizonte: alcances y límites

LAS pioneras han abierto la senda a las mujeres que cada día se preparan para su incorporación a la vida laboral activa, llegando a superar la tasa de varones universitarios, como ya ocurre en España. Desde los setenta, la lucha femenina por la igualdad de derechos y oportunidades ha pasado por varias etapas —reivindicación, conquistas, afianzamiento de los logros—, y ofrece datos impensables hasta hace sólo unos pocos años, como el de las veinticuatro mujeres que desde 1990 desempeñan o han desempeñado la jefatura de Gobierno o la Presidencia de sus respectivos países. No obstante, en las fronteras del siglo XXI, los avances conseguidos todavía distan del objetivo de plena y efectiva igualdad incluso

en los países desarrollados (2). Como reconoce la ONU, todavía no existe un país en el que las mujeres cuenten con las mismas oportunidades que los hombres. En la Unión Europea, a pesar de «cuotas», de «discriminación positiva» y de ciertos avances espectaculares, todavía perciben por su trabajo entre un 30 por 100 y un 50 por 100 menos que sus colegas masculinos; pagan el precio de su incorporación al mundo laboral con la sobrecarga de las actividades domésticas que sus parejas se resisten a compartir; o ven cómo, incluso contra lo establecido por la legislación, se las aparta de puestos de responsabilidad aunque estén sobradamente capacitadas para su desempeño.

La segregación de la mujer en aras de la inalterabilidad integrista

A pesar de sus limitaciones, la revolución femenina sigue adelante y las estructuras patriarcales se sienten amenazadas por lo que, a los logros de las mujeres, les suceden diversos mecanismos contra el avance conseguido. La primera de las «razones del ensañamiento» parece estar en el hecho mismo de la revolución femenina que, para los integristas religiosos, constituye la principal amenaza a su poder: si la mujer evoluciona, se convierte en motor de cambio, como ha reconocido el propio Banco Mundial, institución nada sospechosa de «feminismo». Y el integrista busca la inmutabilidad, la adoración del pasado inamovible: su discurso es siempre pretérito y el progreso, asociado sin matización alguna a los defectos del modelo occidental, es la encarnación de los males con los que *amenaza* el futuro: disipación, inmoralidad, desintegración de los valores *eternos*.

El diccionario de la R.A.E. define al integrista como la «actitud de ciertos sectores religiosos, ideológicos, políticos, partidarios de la inalterabilidad». En el integrista religioso, esta inalterabilidad se proyecta a todas las esferas de lo humano: por sus propias fuerzas internas y por su «fundamentación divina», el integrista religioso es también ideológico, social y políti-

(2) Y las diferencias se agudizan en los subdesarrollados: el 80 por 100 de los 1.500 millones de pobres son mujeres según la FAO. En la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer se dejó constancia de que aún las dos terceras partes de los 900 millones de analfabetos del mundo son mujeres; y, aunque se reconoció la necesidad de que ninguna tradición, cultura o religión pudiera justificar el atentado contra sus derechos fundamentales, es innegable la transgresión de éstos por parte del integrista.

co. Más aún, éstos cobran fuerza en él (3). En nombre de Dios, todo ha de mantenerse inmutable; y la mujer parece constituirse en el ser obligado a preservar y cumplir obedientemente la tradición. La no observancia por su parte de las leyes eternas es considerada traición a todo el sistema de preceptos y costumbres de su comunidad, objeto por tanto de un castigo ejemplar que puede significar la muerte: así lo demuestran las argelinas asesinadas por la osadía de vestir atuendos occidentales o de abogar por cualquier causa justa (4). En el siglo de la revolución femenina, el integrismo intenta levantar una muralla infranqueable con el fin de aislar a la mujer de todas las posibles conquistas de sus iguales de la otra parte del mundo. En aras de la inalterabilidad se practica la segregación: la mujer es y debe seguir siendo un ser sin decisión, cuya única función en la sociedad es la procreación, el cuidado de los hijos y, sobre todo, la perpetuación de leyes tradicionales anacrónicas.

La manipulación de la «Verdad Revelada»: el discurso de la intolerancia

EL integrismo más «efectivo» es el que fundamenta la inalterabilidad del orden social en una interpretación inamovible de la verdad revelada en los textos sagrados. Como dice Ernest Robert Curtius (5), en la tradición judeo-cristiana la sacralización del «libro» y de la voz de la divinidad que habla a través de sus signos (6) se impone como fun-

(3) Esta identificación «fundamentalista» de lo divino y lo humano está en una de las tantas frases en las que el integrismo islámico funda sus acciones y prescripciones: «Dios ha comprado a los creyentes sus personas y su hacienda, ofreciéndoles, a cambio, el paraíso. Combaten por Dios, por Él matan y les matan. Es una promesa que les obliga, verdad contenida en la Tora, en el Evangelio, en el Corán» (S 9, V 111).

(4) Incluso el fanatismo se enseñorea también de la mujer: es terrible el espectáculo de los comités iraníes femeninos, que transforman a la mujer en verdugo de su propio género por el desacato a los principios de inalterable cumplimiento marcados por la ley de los hombres.

(5) Ernest Curtius: *Literatura Europea y Edad Media Latina*. Madrid, 1989. FCE. 5a. reimp. pág. 435.

(6) En el Antiguo Testamento se lee que las Tablas de la Ley están «escritas con el dedo de Dios» (Éxodo, XXXI, 18); con el Cristianismo, el libro alcanzó su máxima glorificación; y el Islam es la religión de la Verdad contenida en los escritos del Corán (*ibidem*).

damento de comportamientos, usos y costumbres sociales inalterables en razón de su origen. La exacerbación de este principio por los «fundamentalistas» contemporáneos es un hecho; sin embargo, ni el Corán ni la Torá ni la Biblia justifican el trato inhumano hacia el sexo femenino. La raíz de este comportamiento tampoco se encuentra en el sentido exclusivista y universalista propio de las religiones monoteístas: el integrismo religioso se apoya, en todo caso, en la instrumentalización del sentimiento religioso por objetivos de dominio político, social y económico. No responde sólo a motivaciones religiosas como pretenden sus apologetas, sino a «razones» que encuentran en la religión la legitimación de su fuerza y de sus acciones así como de lo inapelable de su condición.

El recurso del Poder Divino fundamenta y legitima el discurso de la intolerancia, que deviene fácilmente en violencia. El Nobel egipcio Naguib Mahfuz, víctima masculina de la intolerancia integrista, que ha denunciado en más de una ocasión la incitación a la violencia que desde las mezquitas y escuelas coránicas realizan algunos imanes —la «revolución de los talibanes» ha venido a darle la razón—, reconoce que

«El integrismo es un pensamiento antiguo, lo tenemos desde hace mucho tiempo, pero lo nuevo de este pensamiento es la violencia que ahora conlleva. Esta violencia se debe a las malas condiciones políticas, y sobre todo económicas, que han provocado que muchos jóvenes, sin dinero, sin empleo, sin poder casarse, atiendan la voz del extremismo».

Desde el siglo VII, la Shari'a (ley islámica) y la Sunna (la Tradición) definen el culto, las prescripciones, las obligaciones rituales, y abarca las relaciones interpersonales y el conjunto de normas que ordenan las relaciones humanas en el matrimonio, el comercio, la industria, las leyes, la organización política y social de la Umma, la comunidad de fieles del Islam. Pero, como desde el Islam tolerante se recuerda, en los 6.236 versículos del Corán sólo 200 tienen carácter jurídico y ninguno justifica la agresión a la mujer. Los islamitas integristas manipulan estos fundamentos doctrinales para exigir el mantenimiento de la poligamia, la prohibición de que una mujer musulmana pueda contraer matrimonio con un no musulmán, el derecho del marido a repudiar a su esposa sin necesidad de juicio, la legalidad de castigos brutales para la adúltera, la inhabilitación de la mujer en la herencia y en el uso de bienes... Lejos quedan la antigua «tolerancia islámica», la distinción entre obligaciones personales del creyente y prescripciones comuni-

tarias, o los principios contenidos en el Hadiz (7) en favor de la igualdad:

«Los hombres son tan iguales entre ellos como las púas de un peine de tejer: no habrá diferencias entre el blanco y el negro, entre el árabe y el no árabe si no se quiere sufrir la cólera de Dios.»

Resulta evidente que, para los integristas islámicos, la igualdad excluye a las mujeres. Pero también esta insensata contradicción se manifiesta entre los textos en los que San Pablo proclama brillantemente

«Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál. 3, 28),

y aquellos a los que apelan ciertos cristianos para devolver a la mujer al silencio y a la sumisión ignorante de otros tiempos:

«Las mujeres sean sumisas a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo» (Ef 5, 22-24), o bien,
«Como en todas las Iglesias, las mujeres cállense en las asambleas... Si quieren aprender algo, pregúntelo a sus propios maridos en casa; pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea» (1 Cor 14, 33-35).

Aunque en los textos sagrados respectivos se encuentren manifestaciones que podrían inspirar la discriminación de madres, hijas o esposas —explicables en los contextos históricos de origen—, la declaración de igualdad teórica (8) contenida en los mismos es cuidadosamente escamoteada por los fanáticos. Violentan los textos, hasta exacerban sus principios más retrógrados para exigir más sumisión a las que ya están sometidas. Volviendo al caso afgano, según datos de la Asociación de Mujeres Islámicas, las mujeres de ese país viven desde hace años bajo la sharia, pero aun así, desde los sesenta y después de la guerra territorial que diezmoó la población masculina, se incorporaron progresivamente a la vida laboral y llegaron a ocupar escaños en el Parlamento y altos cargos en el Gobierno y en las universidades. En la intolerancia talibán subyace el lenguaje del miedo a la capacidad de autonomía y desarrollo de la mujer —que sabe abrirse paso incluso en el acatamiento— y a la consiguiente pérdida de prerrogativas masculinas.

(7) Conjunto de textos que recogen las palabras y actitudes del Profeta.

(8) Carlos González Vallés denuncia la pervivencia de esta contradicción incluso en el ámbito general de la Iglesia: «Se ve que no hemos cambiado en la Iglesia de hoy: declaración teórica de igualdad absoluta y discriminación práctica en la conducta concreta». (*Querida Iglesia*. Madrid, 1996. PPC, pág. 133).

La mujer como pilar de la inmutabilidad y garantía de expansión

LA educación femenina se constituye en una seria amenaza para los planes expansionistas del integrismo: reduce las posibilidades de dominio sobre la mujer, pero sobre todo la natalidad y el peso demográfico, factor de presión fundamental tanto para la ortodoxia integrista de la Umma (9) como para la judía, en lucha permanente por el territorio. La fuerza del integrismo es mayor en razón del número de sus fieles: un nuevo vástago es un nuevo héroe para la causa de la expansión. Resulta obvio en la «guerra santa» musulmana, pero también en la compartida obsesión fundamentalista por los temas de la procreación y la sexualidad de judíos y cristianos.

La tasa de crecimiento de población en Afganistán era en 1991 precisamente una de las más altas del mundo (6,7 por 100) y la más elevada respecto a los cuarenta estados islámicos, con una media de 6,8 hijos por mujer. Con la incorporación de la mujer a la vida laboral durante y después de la guerra, este porcentaje descendió significativamente (10). Los talibanes y su «santa revolución fundamentalista», que se erige ahora en «purificadora», pretenden devolver a la mujer a las esencias del pasado, a su exclusiva dimensión reproductora.

El integrismo judío esgrime, por respeto a las reglas emanadas de Dios y frente a la plaga del hedonismo imperante en la vida moderna, un regreso a los valores más tradicionales del judaísmo, de los que la mujer es obligada cumplidora. Los rabinos integristas Ovadía Yosef y Abraham Ravitz (11) instan a las mujeres a que se corten el pelo al rape y cubran sus cuerpos y piernas con ropa espesa y oscura. Los carteles del barrio integrista judío de Mea Shearin en Jerusalén prohíben «el ingreso de las mujeres indecentes», es decir, de las que exhiben sus brazos desnudos o conducen un automóvil. De

(9) La amplia nación islámica superará con creces los 1.200 millones de fieles en el año 2000.

(10) En el resto de la Umma, el número de hijos por mujer oscila entre los 7,6 de Yemen y los 2,9 hijos de Maldivas. Compárense estas cifras con las del mundo de la educación femenina en la demografía.

(11) El primero es fundador del partido SHAS (Guardianes Sefardíes de la Torah); el segundo dirige el de la Unidad del Judaísmo de la Torah o el partido Eretz Israel, agrupados en torno al Partido Nacional Religioso. Ambos han apoyado a Nethanyahu en las elecciones.

la prohibición se pasa, sin preámbulos, a la agresión verbal y física contra las «atrevidas» por parte de los defensores de la pureza del judaísmo. En el fondo, la misma obsesión.

La reverencia del integrismo al pasado y la interpretación de la vida social según los principios «inmutables» de los textos sagrados, nos recuerda también en nuestra esfera cristiana dogmatismos y reacciones: se rasgan las vestiduras cuando se menciona la posibilidad del sacerdocio femenino o se plantea la necesidad del control de la natalidad, abogan por la identificación exclusivista de matrimonio y procreación, o insisten obsesivamente en la «pureza» como valor absoluto. En el fondo, estos fanatismos que consideran a la mujer como parte de una cadena de cumplimiento de dictados «divinos», ocultan otros temores mucho más recónditos e inconscientes.

Los temores masculinos atávicos y la misoginia

EN ocasiones, el temor a lo desconocido se transforma en odio y se transmite por los sutiles canales del inconsciente colectivo. En la historia de las religiones, la mujer y su protagonismo en el misterio insondable de la creación es el centro de tabúes que nos hablan del temor masculino que se trasmuta en sospecha de malignidad (12). Hasta en las narraciones infantiles son más numerosas y malignas las brujas, las madrastras... En la tradición mosaica, la impureza ritual de la mujer y la misoginia se fundamentan en el hecho de ser la causante de la caída del hombre, «en lo tardío de su creación y en la manera irregular y poco digna en que ocurre a partir de un trozo de su amo y señor»; y se intensifica «cuando atribuye las desdichas y tristezas de la especie humana a la crédula insensatez y los apetitos desenfrenados de su propia madre» (13).

(12) J. G. Frazer nos habla, por ejemplo, de los tabúes de las mujeres menstruantes y parturientas tanto en las religiones primitivas como en las monoteístas: «...la mayoría de las tribus americanas, difícilmente se encontraba un ser que produjera tanto miedo como una mujer menstruante. Tan pronto como sus signos se manifestaban en una jovencita, la separaban de toda compañía, salvo la de las mujeres, y tenía que vivir segregada de la mirada de los del poblado...» (*La Rama Dorada*, Madrid, 1995. FCE, pág. 250).

(13) J. G. Frazer: *El folclore en el Antiguo Testamento*. Madrid, 1993. FCE, pág. 474.

La justificación del sometimiento de la mujer, basado en una contradictoria subestimación de sus capacidades y, al mismo tiempo, en un larvado temor respecto de sus poderes —sobre todo persuasivos y malignos— no es nueva. La misoginia griega, razonada por Sócrates o Aristóteles y cantada por los corifeos de Eurípides, forma parte del inconsciente colectivo masculino. Desde antiguo la *malignidad de la mujer* encontró portavoces bien dispuestos entre filósofos y poetas: estoicos y epicuros, a pesar de sus diferencias irreconciliables, coincidieron en ella; los retratos de Medea y Yocasta acabaron imponiéndose como arquetipos; los debates medievales sobre la conveniencia o no conveniencia de casarse, trajeron a cuento el mismo argumento de la maldad intrínseca de la mujer. Y, aunque en el Cristianismo Medieval triunfa la reivindicación a través de María, todavía el discurso de la perversidad femenina ofrece muestras perdurables entre los descendientes de Abraham, en Oriente y en Occidente, en textos literarios y teológicos (14).

A la vista de muchas de las insensatas y dolorosas medidas que el integrismo adopta contra la mujer, surge la evocación de esta «culpabilidad ancestral» que caracteriza al género: cuando la realidad circundante ofrece el espectáculo de la perdición, es casi natural que la culpa de todos los males recaiga en la mujer, ese ser misterioso al que Dios ha conferido, a pesar de su pecaminosa condición, la exclusividad en la concepción. El propio Freud fue incluso presa de esta misma «razón inconsciente».

La manipulación de la idea de «masculinidad»

LA lucha integrista contra las mujeres se inscribe también en la eterna dialéctica de oposición entre poder y debilidad; naturaleza biológica y material frente a inteligencia, cultura y educación creadora; entre fanatismo dogmático, y libertad creadora. Como denuncia acertadamente Shere Hite, presidenta de la Asociación para el Avance de la Mujer, la violencia integrista contra las mujeres de Argelia, Turquía,

(14) Frente a la poesía mística mariana de San Bernardo de Claravalle, por ejemplo, en la que «la mujer se eleva a la dignidad de Madre de Dios, celestial dispensadora de las gracias», resonarán en Bocaccio, en el Corbaccio y en tantos otros, los ecos de la maldición a la mujer de Bernardo de Morlas. Hacia 1140, contempla con profunda tristeza la corrupción del mundo y «no sólo censura la impiedad, la sodomía y otros vicios de la época: reprueba también el amor y maldice a la mujer» (Curtius, *op. cit.*, pág. 181).

Chechenia, Irlanda o de la propia sociedad norteamericana, esconden una manipulación de la idea de masculinidad:

«La definición de la virilidad se está manipulando con el fin de que los hombres jóvenes se dediquen a arrebatar el poder a otros hombres.»

Los jóvenes argelinos –los dos tercios de la población de Argel tiene menos de 35 años– tanto como los jóvenes de raza negra de los Estados Unidos, que comparten la triste distinción de no tener trabajo ni dinero, son presas fáciles de la manipulación que identifica «hombres y orgullo viril», con la falsa promesa de que su actuación como guerreros de las viejas esencias del patriarcado los convertirá en «héroes y triunfadores». En las comunidades masculinas en paro las «guerras santas» contra las mujeres encuentran un terreno propicio: les ofrecen la posibilidad de canalizar sus energías y de superar sus frustraciones. Mientras el hombre luche contra las mujeres, se olvidará de sus propias limitaciones y tendrá la esperanza del ganador sobre la víctima débil –triumfo seguro–, olvidando otras batallas necesarias.

Las revoluciones integristas son más virulentas en aquellos países en los que se notan los efectos perniciosos de la modernización: explosión demográfica, éxodo rural, falta de viviendas y concentración urbana, ausencia de infraestructuras básicas, analfabetismo, pobreza, paro. Las viejas estructuras que canalizaban el descontento popular se ven ahora rebasadas por estos problemas y las masas se vuelven al texto sagrado, a la tradición religiosa ancestral en busca de un marco seguro en el que encuadrar comunitariamente sus reivindicaciones. Además, la modernización casi siempre ha supuesto que las clases económicamente más fuertes, que no han sabido dar respuesta positiva a las demandas populares, se identifiquen con las modas y costumbres occidentales. La frustración encuentra en los templos y en los mensajes de los líderes carismáticos el canal de expresión y reivindicación que los sumerge en el espejismo de la solución de los problemas por la vía involucionista. Ante el fracaso del liberalismo y del socialismo, la tentación de aplicar la ley islámica o mosaica en todos los aspectos de la vida es irresistible para amplias capas de la población. La frustración que supone no encontrar salidas se vuelca hacia el interior, y señala a la mujer como víctima propiciatoria. Mientras la manipulación de las voluntades masculinas mantenga esta orientación, los responsables de la misma «ocuparán» las energías de sus adeptos en una guerra interior que los llevará a ignorar otros caminos más «subversivos», como la reclamación del derecho a la vivienda, al trabajo, a la dignidad humana de hombres y mujeres.

A modo de conclusión

LA intransigencia, la intolerancia, el fanatismo y el sentido viril de la conquista a toda costa que el integrismo religioso dirige contra la mujer obtendrán siempre éxitos relativos. La revolución femenina es silenciosa pero efectiva e imparable: no esgrime los principios de la violencia ni del autoritarismo, ni empuñará las armas para defenderse de las agresiones masculinas; pero supone el germen del cambio basado en la tolerancia, la educación, la maternidad responsable, la dignidad humana, la solidaridad, los principios que más tarde o más temprano terminarán imponiéndose. En algunos países las mujeres conforman la mitad de la población productiva y hasta en términos demográficos y económicos, su voz no podrá ser desoída por mucho tiempo. Los pasos dados en la revolución femenina explican la rápida respuesta de apoyo de las asociaciones de mujeres del mundo en defensa de las miles de profesionales afganas que han debido partir hacia el exilio; e incluso las valientes manifestaciones que desde el centro mismo del Islam, del Judaísmo o del Cristianismo se hacen oír como denuncia de las manipulaciones de la religión por parte de los fanáticos. En la lucha entre la razón y la sinrazón, acabará imponiéndose la primera. No es posible alterar el curso de la historia de la forma brutal en que pretende el integrismo. Retomando a Curtius, aceptamos la evidencia de que

«En épocas agitadas por ideas mesiánicas y apocalípticas las figuras simbólicas ya caducas pueden llenarse de nueva vida, como sombras que han bebido sangre.»

Y nuestro fin de siglo nos ofrece la sombra sedienta de sangre del integrismo y de la misoginia. Pero los fantasmas amenazadores perderán su fuerza ante la unión de las mujeres que, a pesar de los embates del patriarcado irracional, hacen posible el progreso basado en la alternativa de la tolerancia, de la paz, de la educación. Son armas aparentemente frágiles, pero el sexo débil sabe dotarlas de fuerza vivificadora. Al reconocimiento de ésta se suman también —ya no estamos solas— voces masculinas como la de Carlos González Vallés, con la que abríamos y ahora cerramos estas páginas:

Lleváis en vosotras la historia de la raza humana, las tradiciones de la tribu, el moldear cuerpos y almas, el inspirar a los que inspiran y el regir a los que rigen, el estar presentes en todo sin ser vistas, y el ser vistas por todos con callada envidia y oculta adoración de todo hombre que admira a toda mujer pero no se lo admite a sí mismo por temor y timidez y soberbia (15).

(15) *Op. cit.*, pág. 129.